

"EL DERECHO."

1890 á 1897

SEMANARIO DE JURISPRUDENCIA Y
DOCTRINA JURÍDICA, ECONOMÍA POLÍTICA Y
CIENCIAS SOCIALES.

Quedan ya muy pocos ejemplares de esta publicación, que se vende al precio de **48 PESOS**.
Consta de 6 volúmenes, hallándose en uno solo los tomos 1.º y 2.º

PRECIO DE CADA VOLUMEN \$8 00.

Se hará un descuento de 25 por ciento á los corresponsales.

Derecho Internacional Privado

ó principios para resolver los conflictos entre las diversas legislaciones en materia de Derecho Civil y Comercial, por Pascual Fiore, Profesor de la Universidad de Pisa—Edición en español de *El Derecho*—Esta obra sirve de texto en la Escuela de México—consta de dos tomos—su precio total SEIS PESOS.

Actas y Sesiones de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real de Madrid. Un tomo, su precio: *Cinco Pesos*.

DISCURSOS, ALEGATOS Y ESTUDIOS JURIDICOS

POR EL

LIC. AGUSTIN VERDUGO.

Profesor adjunto por Oposición de la Cátedra de Eloquencia Forense, en la Escuela de Derecho, socio de número de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real de Madrid y Oficial de Instrucción Pública de la República Francesa.

CON UN PRÓLOGO POR EL

Lic. Manuel F. de la Hoz,

Ex-Agente del Ministerio Público y Juez 2º de lo Criminal del Distrito Federal.

TOMO III.

MEXICO.

IMPRENTA DE «EL SIGLO DIEZ Y NUEVE.»

Calle de Victoria número 15.

—
1905.

ALFAROS Y ESTUDIOS JURIDICOS

LIC. AGUSTIN VERDEGO

Profesor de la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional de México, y de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación.

Lic. Manuel F. de la Hoz

Ex Agente del Poder Judicial en el Estado de México.

TOMO III.

MEXICO

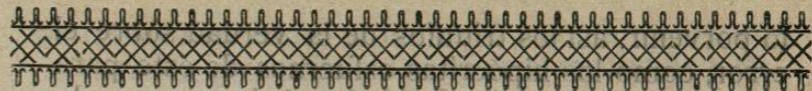
IMPRESA DE LOS HERMANOS MORALES

1902

Discurso

Pronunciado en el Seminario Conciliar de México, al inaugurar la cátedra de Elocuencia el día 12 de Febrero de 1895.

Discurso
Pronunciado en el Seminario Conciliar
de México, al inaugurar la cátedra de Elocuencia
el día 12 de Febrero de 1805



De qué hábita servido, en efecto, señores, toda
la sabiduría que atesoró en la antigüedad el genio
del hombre, si el vehículo de la palabra oral ó es-
crita, si ese puente de oro, lucido y purísimo,
que á las veces no es sino de losca ó deleznable
arcilla, no se hubiera encargado de llevar por to-
das partes, de dilucidar por donde quiera que ha-
biera ojos para ver y oídos para escuchar, las mil
victorias del entendimiento humano, las mil

SEÑORES:

El grande y loable empeño de vuestro meriti-
simo Rector, Ministro ejemplar de la Iglesia á la par
que una de las glorias más puras y legítimas de
las letras nacionales, para que este Seminario de
cuyas aulas salieran antaño tantos varones insig-
nes en las ciencias sagradas y profanas, alcance
cada día nuevos y más incontestables títulos al re-
conocimiento público y asegure á nuestra patria
futuras generaciones de sacerdotes ilustrados y
dignos de las excelsas verdades que sus labios han
de enseñar y defender ante el mundo, es la causa,
debo decirlo en gloria suya y en descargo mío, de
que por lamentable equivocación en la elección
de persona, sea yo quien hoy inaugure uno de los
más importantes cursos de vuestros estudios, ver-
dadero remate y coronamiento de todos los otros,
que á la manera de afluentes forman el inmenso
océano de la elocuencia, á cuyas formas y colores,
fijados para siempre por cánones que no son otra
cosa sino la esencia misma de la filosofía de nues-
tro espíritu, débense y han de deberse siempre en

lo porvenir, así los triunfos de la verdad sobre el error, como los hipócritas esfuerzos de éste para disfrazar su congénita fealdad y abrirse menos difícil camino entre los celajes de esa eterna enamorada de todo la bello, que se llama la conciencia humana.

¿De qué habría servido, en efecto, señores, toda la sabiduría que atesoró en la antigüedad el genio del hombre, si el vehículo de la palabra oral ó escrita, si ese puente de oro lúcido y bruñidísimo, que á las veces no es sino de tosca y deleznable arcilla, no se hubiera encargado de llevar por todas partes, de difundir por donde quiera que hubiera ojos para ver y oídos para escuchar, las mil victorias del entendimiento humano, las innúmeras manifestaciones de sus divinos destellos, las máximas, sobre todo, de una moral hasta entonces rechazada por el mundo y aun la heroicidad del sacrificio, nada simpática á la molicie del egoísmo y de todas las más bajas pasiones? El aislamiento ó por mejor decir, el silencio de la sabiduría y de la virtud habría matado de seguro á la una y á la otra, ó circunscribiéndolas á espacio limitadísimo, las habría impedido producir esa larga é incesante sucesión de sabios que esplenden en la historia, en cuyas páginas no admiraríamos el sinnúmero de prosélitos y aun de mártires que, habiendo tomado, resueltos y sonrientes, la cruz pesada de todos los sacrificios sobre sus hombros y selládolas hasta con la sangre de sus venas, han afirmado y acreditado en la conciencia de la humanidad profundas y arraigadas convicciones, ya del orden moral, ya del intelectual, ora principalmente del religioso.

Porque es lo propio, señores, de la elocuencia, á semejanza del rey de los astros en nuestro univer-

so, no sólo encender la luz en el entendimiento, sino también producir calor, vida y fecundidad en el corazón.

Nuestro espíritu se compone de ideas y sentimientos; y si por las primeras concebimos claramente los elementos de todos nuestros juicios, por los segundos les imprimimos el impulso de la voluntad, que es esencialmente activa, cobran vida las concepciones frías é inertes de nuestra razón y así logramos externarnos fuera de nuestro yo pensante, poniéndonos en comunicación directa con nuestros semejantes y con los diversos hechos ú objetos del mundo exterior. Son los sentimientos á las ideas lo que el calor al organismo; lo que el movimiento á los cuerpos. Sin las ideas nos moveríamos desatentadamente en la eterna noche de nuestro ser, girando á impulsos de fuerzas ciegas y fatales; pero también sin los sentimientos, serían inútiles los esfuerzos de nuestra razón, no irradiando sus destellos sino cual lámpara funeraria sobre una alma petrificada en su egoísmo, impotente para enderezar sus actos hacia cualquier ideal.

Ahora bien, señores, la elocuencia realiza á maravilla esa fusión de las dos grandes fuerzas de nuestro espíritu, porque ella subyuga por mágico sistema la voluntad al pensamiento, que desde entonces ya no brilla solamente en el cerebro del sabio, sino que se difunde á su alrededor, se extiende por todas partes, comunica su fuego á las almas más ateridas en el frío de la indiferencia y hace conspirar hacia su triunfo todos los impulsos generosos de nuestro espíritu. *Fulgor quidem mentis assensum sapiens*, como decía con toda propiedad la poesía latina.

No hay, pues, que extrañar que á arte tan pro-

digioso y tan fecundo hayan correspondido los resultados más maravillosos en la carrera de los siglos, al grado de que puédesse asegurar que las grandes etapas de la historia, esas radicales transformaciones que como piedras miliars dividen el inmenso campo recorrido sin cesar por la evolución humana, más se deben á los esfuerzos de la elocuencia, á sus potentes explosiones y fulmines rayos, que á la espada de los conquistadores cuyas legiones, cuando no vencidas por ella, sólo han sido los dóciles secuaces de la palabra mágica, del verbo inspirado que lanzara al aire cualquier obscuro tribuno, en cuyo pecho había podido prepararse y encenderse esa abrasadora fragua de las nobles aspiraciones, de las ansiosas esperanzas y de los incontenibles anhelos de los pueblos.

La antigüedad pagana y la monoteísta son tan ricas y abundantes en demostraciones de esta verdad, que el número de citas, desde los libros proféticos hasta los cantos sibilinos que tiñeran de crepusculares colores el atardecer de la sabiduría clásica, abruma cualquier entendimiento, fatiga la más diligente investigación y coloca sobre toda evidencia esa virtud cuasi omnipotente de la palabra, á cuyos inmortales destinos no debía faltar ni la consagración misma del Hombre-Dios, en el último, en el solemne y grandioso día, en que, reunido con sus amados discípulos en Jerusalém, tras de anunciarles la próxima llegada sobre su espíritu de la Sabiduría Increada y antes de ascender á los cielos, les dirigió aquellas memorables palabras de que son testimonio vivo y admirable cumplimiento diez y nueve centurias de predicación cristiana: *Id y enseñad por todo el mundo todo cuanto os he enseñado.* Después de esto, escribe uno de los

más inspirados biógrafos contemporáneos de Jesucristo, levantó sus manos al cielo, bendijo á sus discípulos y todavía bendiciéndolos, se elevó hacia lo alto, envuelto en blanca nube que á poco lo ocultó á sus ojos. El paraíso celeste, esperanza y constante suspiro de un gran pueblo, quedaba desde entonces abierto, fundado el reino de Dios sobre la tierra y asegurado sobre el mundo el triunfo de la Cruz. Él no nos abandonaba sino asegurándonos nuestra redención de la tiranía del error y nuestra salvación por medio de la verdad. La elocuencia cristiana tenía que dominar al mundo.

Ved, señores, conmigo en esta sublime sencillez con que el P. Didon reproduce un relato histórico, el origen celeste y la misión divinamente trascendental de la verdadera elocuencia, que á tan gran altura levantó y ha sostenido hasta nuestros días el sacerdocio católico. Los siglos anteriores, á pesar de todas las ventajas que á no dudarlo daban lenguas musicales y cinceladas en la diaria práctica de los negocios públicos, el concurso activo y entusiasta de los pueblos, su incontestable grandeza histórica y los vívidos resplandores que circuían frentes tan erguidas en la ciencia como las de Platón y Aristóteles ó tan laureadas en la guerra como las de Alejandro y César, no habían conocido sino la faz menos brillante de la elocuencia, su lado humano y mezquino, aquellos pobres recursos con que, falta de las potentes alas del águila, apenas se levantaba á la altura del horizonte nacional, no se esforzaba en elevarse sino para descender rendida de asfixia y de fatiga, pidiendo en vano acentos inspirados, verdades sublimes y esperanzas consoladoras á una filosofía deficiente y engañosa, á una religión muerta en la conciencia humana y á un arte sensual y caído á la postre en el cieno de todos los vicios.